

El Correo de Gerona

Diario de avisos y noticias defensor de los intereses de la Provincia

AÑO II

SUSCRIPCIONES.

PAGO
ADELANTADO

GERONA.—JUEVES 14 DE JUNIO DE 1894

NUM. 440

REDACCION Y ADMINISTRACION
Calle de Albareda, 13-2.
DIRECCION TELEGRÁFICA: CORREO, GERONA.

NO SE DEVUELVEN
LOS ORIGINALES

ANUNCIOS, REMITIDOS Y ESQUELAS
A PRECIOS CONVENCIONALES.

Número suelto..... 5
Número atrasado..... 15
Paquetes de 25 números..... 1-25

Sección Religiosa

SANTO DE HOY

San Basilio.

CUARENTA HORAS

Iglesia del Mercadal

LA MUERTE

DEL

SULTAN DE MARRUECOS

España y las potencias

La noticia de la muerte del sultán de Marruecos, conocida el lunes por la tarde, producido alguna inquietud en todos los círculos. En la masa de la población no se notó preocupación alguna ni siquiera interés vivísimo por el hecho, quizás por dos motivos: por la escasa difusión que durante el día tuvo la noticia y porque no es esta de tal índole que desde el primer momento pueda dar cuenta el público de las graves y múltiples consecuencias que esa muerte puede acarrear. De todos modos la Bolsa, indicador a veces de la tranquilidad y de la normalidad públicas, sin embargo, de que la noticia en las primeras horas de la tarde no era del domingo general marcó alguna inormalidad con una baja, atribuida primero a que llegaban flojos los cambios de París, y luego a noticias relativas a Marruecos, pero muy vagas e inseguras.

Las personas reflexivas se preocupan de las consecuencias posibles de la muerte de Muley Hassan, porque las consecuencias directas y las indirectas, las inmediatas y las más lejanas de ese triste acontecimiento pueden influir en España. Todo el mundo conoce, sobre todo después de la reciente campaña de Melilla, durante la cual se ha renovado y se ha popularizado el recuerdo de tantos hechos y de tantos datos, todo el mundo sabe que el imperio de Marruecos se desmorona, que los derrumbes de una civilización muerta han corroído los principios fundamentales del Estado y ha vuelto a la mayoría de sus habitantes, constituida en kabilas, independientes unas, y otras medio sometidas sólo a regañadientes, a una barbarie casi primitiva; que muchas ve-

ces por estas causas y por otras la sucesión ó acceso á la jefatura suprema del Imperio ha sido sangrienta, y que esa descomposición de los estados del Sultán ofrece rico botín á la policía armada y poco escrupulosa de las naciones más potentes de Europa.

Se ha dicho tantas veces y con tanta claridad que la distribución del Imperio marroquí será el motivo para que libren una batalla todas las concupiscencias poderosas de Europa que el argot de las cancillerías ha sancionado esos conceptos de distribución y de despojo, con la frase de la cuestión de Occidente. Entre las causas que pueden ocasionar el planteamiento de la famosa cuestión, es decir, de la disputa internacional de esa presa marroquí, ninguna tan propicia como las dificultades de la sucesión en caso de muerte del Emperador por lo que se refiere al Imperio, ni como el recelo de la codicia por lo que se refiere á las naciones que pueden hoy actuar de cuervos sobre presa muerta.

Esas dos causas pueden actuar, con motivo del fallecimiento del Emperador. Si la sucesión de este, designada por el Emperador mismo conforme á las costumbres del Imperio llega á constituirse

y á consolidarse sin que estalle la guerra civil ó sin graves dificultades por parte de las kabilas y familias más poderosas, quedarán descartados la mitad de los peligros de la situación creada por la muerte del Sultán. En caso contrario no tardaría la cuestión interior de Marruecos en convertir en la cuestión de Occidente, y por tanto en gravísimo asunto internacional. La codicia de las naciones mediterráneas que alardean de su poder, y aun de otras que no son mediterráneas, avivando la impaciencia, podría provechar la muerte del Sultán para abordar directamente la cuestión de Occidente, ó, si no quieren cargar con tantas responsabilidades, para provocarla indirectamente con la ayuda que cada una de estas potencias prestará para recabar mayores ventajas á cada uno de los candidatos al trono, caso de que la guerra civil estallara.

Es decir que por unas causas ó por otras con la muerte del Emperador de Marruecos aparece el peligro de que rompa ó de que intente romper por las potencias el statu quo en Marruecos, convenido con la conferencia de Madrid, y de estas contingencias surge para España el peligro ó el temor de complicaciones que pudieran influir sensiblemente en el pre-

sente y en el porvenir de la nación. Está dicho en todos los tonos y demostrado con todo género de argumentos y no hay para que detenerse mucho en repetirlo: Por razones históricas y geográficas, por su decoro y por su seguridad territorial, ya que no por otras más secundarias, España no puede consentir en que ese norte de África, tan codiciado por todo el mundo, de no servir para la prolongación de España, pertenezca á otras que no sean sus actuales poseedores. ¿Cómo garantizar la realización de esa absoluta necesidad nacional? Ese es el problema que nos entristece siempre, y que hoy, cuando se está en peligro de que el statu quo se rompa, y cuando la historia de los sucesos de Melilla ha demostrado tantas cosas profundamente sensibles, nos entristece más todavía...

De todos modos, con prestigio, ó sin él, por su parte, y en buenas ó en malas condiciones nacionales el Gobierno no puede olvidar en esa cuestión que parece iniciarse que el representa intereses vitales el statu quo en Marruecos, convenido con la conferencia de Madrid, y de estas contingencias surge para España el obligado a demostrar tanta cautela y prudencia como viril energía. El statu quo á toda costa es lo que la conciencia nacional dice que conviene á España, y el

mantenerlo ante las potencias, debe ser la obra que los gobernantes confíen unas veces á la inteligencia y á la habilidad y otras á la firmeza en ese cambio de notas que de seguro ha comenzado ya á estas horas entre las naciones.

CUENTO

Iluminada por el templado sol de la Judea; acariciada por las brisas que defienden allí su vuelo para impregnarse en los aromas del cinamomo y el jacinto, se alza entre frondas y rosas una blanca y sencilla aldea. Es Nazaret!

En medio de la plaza que se halla en su centro, y cuando el día empieza á declinar, y deciae la tarde, porque la noche se avecina, algunos niños juegan unidos ante una casa, la más modesta, pero la más gracia de cuantas la vista puede abarcar.

Todas aquellas criaturas son hermosas; tanto que se asemejan á un ramo de galanas y medio abiertas flores.

Más aunque todos son bellos, hay dos que por su aspecto sobresalen de los demás.

El uno, con su túnica de blancoísimo lino, y sus ensortijados cabellos, que forman un dorado nimbo al rededor de su cabeza, parece que lleva en sus ojos todos los esplendores del cielo.

La otra con su vestido pobre y oscuro, y su semblante pálido y melancólico, parece reflejar en sus tristes pupilas todos las lágrimas de la tierra.

El se llama Jesús, y es el hijo de

un carpintero. Ella responde al nombre de Sarai, y tiene por madre á una infeliz mendiga.

La enfermedad y la miseria han robado al rostro de la niña las alegrías de la infancia; porque Sarai nada posee; nadal. Ni aun la libertad de correr por los campos como los demás hijos de la aldea! Sus piés no pueden sostenerla; está baldada hace mucho tiempo!

Y como la falta de salud y la falta de bienes son siempre malos compañeros, los demás niños ágiles y ricos se burlan de la triste enfermita, y huyen de su lado, cuando su madre la trae todas las tardes para sentarla en aquél sitio, queriendo librirla de los terrores de la soledad.

Solo Jesús es compasivo con ella y no esquiva su compañía. Solo Jesús la trata con amor y bondad

Aquella tarde uno de los niños que se hallaban cerca de Sarai, tenía en la mano un juguete que atraía fuertemente la atención de ésta, deslumbrando sus ojos y cautivando su pensamiento.

Era un pájaro tallado en madera, y pintado de vivos colores.

Sarai lo contemplaba embelesada. Dos ó tres veces había extendido su brazo, con el afán de tocar un instante la figurada avecilla. Tan hermosa la parecía que se hubiera creido fejiz con tenerla en su mano un momento siquiera!

Pero jay! que siempre el feliz poseedor del juguete le retiraba con precipitación, manifestando un disgusto y un desdén supremo.

El egoismo que se anidaba en

su corazón, el orgullo que agitaba su pecho, le hacía creer que el contacto de la pobreza mancha ó desdora!

—Quital dice con acento desabrido y duro, apartando la mano de la baldadita. Estas cosas no son para tí! Los pobres no deben codiciar lo que nunca han de poseer!

Sarai inclina la humilde frente sin rencor ni queja, aunque con pena infinita.

—Es tan dulce y tan buena que se resigna con su suerte, pero á su pesar dos tristísimas lágrimas empañan la luz de su tímida mirada.

Los juegos de los niños siguen, y nadie repará en aquél dolor.

Solo Jesús ha visto aquella temblorosa gota de llanto, y ha sentido el corazón entristecido por su amargura!

Permanece un instante silencioso, y después aparece en sus labios una sonrisa bendita como el consuelo, y suave como la esperanza, y fijando sus celestes pupilas en la niña affigida, parece decirla:

—¡Espera y confia!

Luego se inclina, toma en su mano un poco de tierra, y la humedece en el agua de un arroyo cercano, dando vueltas y oprimiendo la entre el índice y el pulgar, por breve espacio de tiempo.

Los demás que componen el alegre corro, le miran con extrañeza, sin comprender lo que hace, pero ven que la bola de tierra va tomando forma á su contacto.

El dueño del juguete envidiado, le contempla con más curiosidad que los demás, y exclamó al cabo entre una carcajada desdenosa y burlona:

—¡Ved, ved aquí al hijo de José el carpintero, que quiere imitar, haciéndolo

en barro, este hermoso pájaro formado de maderal!

—Yo no imito! —contestó el niño de la blanca túnica y de los rizos de oro, con voz dulcísima, pero firme.— Yo no imito! Yo creo!

Y al decir ésto, la mojada tierra que aún apretaba en sus dedos, tomó la figura de una blanca paloma, palpítante y llena de vida.

Un grito de admiración se escapó de los labios de todos los niños.

Jesús se acercó á Sarai la mendiga, y poniendo en su falda el ave creada por su mano y animada por el soplo de su aliento:

—Toma, —la dijo, —esta es para tí. La niña baldada, con un gozo igual á su asombro, quiso estrecharla contra su pecho, pero la paloma agitó las alas, y alzando el vuelo, fué á posarse en la rama de un rosal, que á poca distancia ostentaba sus flores.

Entonces la enferma, recobrando en un instante el movimiento y la fuerza, se levantó ágil y sana, y corrió presurosa á recobrar por sí misma el milagroso don del Niño Jesús.

De Jesús que empezaba á cun pár en el mundo la misión que había traído del cielo, protegiendo al triste, sosteniendo al débil, amparando al mendigo, sanando al enfermo, y dando consuelo á todo dolor.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES

complica la cuestión, pues se ha iniciado ya en el imperio la guerra civil.

En efecto, en el interior han ocurrido sangrientos disturbios, por haberse sublevado algunas kabilas.

El Mahren, individuo del Consejo del Sultán, ha mandado detener al príncipe Tuerto, al que tiene encarcelado en la Alcazaba de Marrakesh.

Muchas kabilas proclaman emperador á Abdul-Amil, tío del difunto sultán Ali ley Hassan.

Ante esta diversidad de opiniones, parece que España está decidida á obrar de acuerdo con las potencias europeas, reservándose, por ahora, en cuanto se relacione con el reconocimiento del sucesor del emperador difunto.

Han celebrado una importante conferencia, el ministro de Estado y el general Martínez Campos.

El señor Moret ha expuesto al pensamiento del Gobierno respecto de la cuestión de Marruecos y el plan que con arreglo al mismo se propone seguir.

El general Martínez Campos, ha aprobado el plan del Gobierno y se ha ofrecido á marchar á África á la primera indicación que se le haga, caso de que el Gobierno considere útiles sus servicios.

Niégase que el Sultán Muley Hassan haya sido víctima de un atentado, como se dió á suponer en las primeras noticias de su fallecimiento.

Según ha manifestado el doctor Cortés, Muley Hassan murió de una abeza del hígado.

Ha añadido el doctor Cortés que, si bien es cierto que el Sultán murió sin asistencia facultativa, parece que, dada la gravedad del ataque, hubieran sido perfectamente inútiles los auxilios de la ciencia.

LO DE MARRUECOS

